



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Carlos Arniches.)



—Yo siempre llevo al teatro
gente, dinero, alegría...
porque en cada pieza mía
hay chistes para otras cuatro.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Amor humano, por Luis de Ansorena.—Las cuentas de San Roque, por F. Serrano de la Pedrosa.—El gobernador civil, por Fiacro Yrázoz.—Salones, por Ángel R. Chaves.—Contraste, por Sinesio Delgado.—Calamidades, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Carlos Arniches.—Allende los mares, por Cilla.—Carlota Lamadrid (de fotografía directa).—Contraste (dos viñetas).—Anuncios (seis viñetas).—¿Qué va á ser? (tres viñetas), por Cilla.



El Carnaval se aproxima.

En varios establecimientos se exhiben ya caretas, ó «fisonomías de cartón», que nos traen á la memoria las de algunos sujetos conocidos, y hay quien se para delante de un escaparate y suspira, como cierta señora viuda á quien vimos ayer res-

tregándose los ojos frente á una careta de borrego blanco.

—¿Se ha puesto usted mala? le preguntó un guardia del municipio.

—No, señor; es que esta careta tiene la mirada lo mismo que mi difunto.

Un niño decía á su mamá, deteniéndola en la calle:

—Cómprame una careta.

—Vamos, hijo, no seas caprichoso—contestaba la mamá, tratando de disuadirle.

—Cómprame aquella de los dientes largos.

—¿Cuál? ¿La de perro?

—Sí; aquella que tiene la nariz como el abuelito.

* * *

Al ver las primeras caretas y los primeros capuchones, nos olvidamos de nuestros disgustos nacionales y hasta de Maceo.

Hay quien ha estado escribiendo estos días artículos lacrimosos sobre la guerra de Cuba, y hoy sólo se ocupa en averiguar si el Círculo de Bellas Artes organiza el baile de máscaras de todos los años.

Se puede ser persona seria, de esas que meditan sobre los conflictos que ocasiona la subida del oro, y buscar, sin embargo, la manera de introducirse en un baile de máscaras gratuitamente.

Un hacendista de los más profundos, que está escribiendo una obra sobre «nuestros caldos», ha venido dos veces á la redacción para decirnos:

—¿Saben ustedes qué día se celebra el baile de los Escritores y Artistas? Yo necesito tres billetes de caballero y once de señora.

—¿Pero D. Severo! ¿Es posible?—le dijimos.—¿Le gustan á usted los bailes?

—Sí, señor—nos contestó él.—Yo tengo un natural muy alegre, y lo mismo le hago á usted un discurso sobre el corcho, que le toco á usted un jaleo en la guitarra.

* * *

La cosa no tiene nada de particular, porque el que parece más serio, resulta á lo mejor que está aprendiendo á tocar la flauta, sin que se lo sepa nadie en el mundo.

Yo conocí á un consejero de Estado, hombre respetabilísimo, con varias cruces nacionales y extranjeras, que por la tarde presidía la sección de lo contencioso, y por la noche jugaba al tute con la criada, y además tenía relaciones con una chalequera de la calle de ¡Válgame Dios!

Hay personas que nos infunden un gran respeto porque hablan á cada paso del pauperismo, de la guerra de las tarifas,

de la cuestión del Transvaal y de otra porción de cosas trascendentales, y, *sin embargo*, están deseando que salgan los periódicos de la noche para descifrar los jeroglíficos, y después escriben versos del tenor siguiente, dirigidos al director:

«La primera es *ca*,
la segunda es *fé*,
y el todo es bebida...
¡Ya me entiende usted!

El calavera empedernido.»

* * *

Aparte los que aparentan una cosa y son otra por dentro, como sucede con los personajes citados, existen otros muchos que son alegres por dentro y por fuera, y andan ya por ahí tañendo instrumentos sonoros, á fin de lucirse en el próximo Carnaval.

Los chicos de buen humor se congregan para formar estudiantinas bulliciosas, y nunca falta un panderetólogo notable que maneja el instrumento con los pies y las manos, haciendo exclamar á las chicas admiradoras de su mérito:

—¿Qué joven tan artista! Materialmente hace hablar á la pandereta.

Todo joven que cultiva el arte del pandero tiene asegurado su porvenir, porque hay muchas señoritas de buena posición que darían parte de su fortuna por obtener una mirada de aquellos ojos saltones y picarescos.

Parece que no, pero es un arte que cuesta caro, porque el panderetólogo rompe muchos calcetines. Los pies toman parte muy principal en los ejercicios de pandereta, y como tienen que agitarse dentro de la bota, destruyen todo lo que se les pone por delante.

Así me decía la madre de un panderetólogo:

—Es verdad que el chico toca divinamente y está retratado con pandereta en un portal de la calle de la Lechuga; pero no hay calzado que le dure y rompe todos los calcetines por el sitio del dedo gordo.

En fin, cada cual se divierte á su manera, y dado nuestro carácter alegre, no han de influir en el ánimo de los españoles las desdichas de Cuba para que el Carnaval de 1896 sea tan divertido como todos los anteriores.

Luis Taboada.

★

Amor humano.

—Vas á morir... Olvídate, hijo mío,
de este mundo traidor,
y limpio de pecados é impurezas
comparece ante Dios.

Arroja de tu mente esos recuerdos
que no te importan ya,
y que son para el alma peso horrible
que la impiden volar.

Piensa en Dios, que te quiere y que te espera...
¿Qué hay comparable á Él?...

Y el enfermo decía agonizando:

—¡Que venga esa mujer!

—¿Para qué quieres verla en este instante?
¡Qué insensata pasión!

¡Procura que en tu cuerpo arda la llama
del verdadero amor!

¡Reza, hijo mío; el que hasta Dios se eleva
próximo está á vencer!...

—¡Véala yo á mi lado, estoy seguro
que entonces rezaré!...

—¡Piensa que te ha engañado... que es traidora!...
—No lo niego, es verdad...

Pero por eso mismo, ¿no comprende
que no puedo rezar?...

—¡Mezclas, pues, lo divino con lo humano!
¡lo excelso con lo vill!...

—Claro... ¡Pues si esa mezcla que le asusta
es lo que en ella vi!...

¡Cuerpo divino, pero el alma infame!
¡Si tiene usted razón!...

¿Cómo no he de mezclar lo que usted dice
si antes lo mezcló Dios?...

—¡Calla, blasfemo!... ¡Impenitente mueres!
—No lo puedo evitar...

Diéronme un alma loca... y ésa entrego...
 ¿Por qué exigirme más?
 Luché como una fiera, y fui vencido...
 ¿Qué culpa tengo yo?...
 Menos lucha, ó más fuerzas... ¡Si esto es claro
 como la luz, Señor!
 Me uní á lo humano, y al dejarlo ahora,
 ¿cómo no he de sufrir?...
 ¿He de marchar alegre, padre mío,
 cuando ella queda aquí?...
 Por ella bajé al fango, y aunque quise
 salir, no pudo ser...
 Á cada esfuerzo mío... lo que es lógico,
 ¡más se hundían mis pies!
 Ayuda pedí al cielo, pero el cielo
 mis súplicas no oyó...
 Lo que dije: ¡más ánimos, más fuerzas,
 ó menos tentación!
 Y, pues la sigo amando como un loco,
 traidora y desleal,
 y en el fondo del alma está su imagen...
 ¡su imagen nada más!
 y el único consuelo que me queda
 es mirarla al morir
 y arrancar una lágrima á sus ojos,
 de compasión por mí,
 si no oye el cielo mis ardientes súplicas
 en hora tan fatal...
 ¿qué hacer?... No insista, porque fuera inútil...
 ¡Moriré sin rezar!...
 Mi espíritu cansado no se opone,
 no rechaza la fe...
 ¡Pero, padre, primero, es necesario
 que venga esa mujer!...

Luis de Anscrena.

Las cuentas de San Roque.

—¡Bien merece el mejor lugar en mi librería y esta encuadernación tan lujosa y de tan buen gusto! Gracias á este libro, he llegado á ser jefe de negociado en el ministerio de Hacienda. Gracias á este libro, el hijo del sacristán de San Roque, en la villa de Alcornocales, ha llegado á ser persona importante en la administración pública, y á tener buena posición y á tener *ustia* y... no tengo coche porque no digan. (*Contemplando amorosamente el volumen*). Sí, señor: otro cualquiera ocultaría este libro como una rareza, como una debilidad, una manía del que me dió el ser: yo no; yo tengo á orgullo ser hijo de un sacristán cuyo entusiasmo por los números llegó hasta el extremo de llevar las cuentas del Santo por partida doble. ¡Y qué partidas las de San Roque! ¿Andaba apurado el sacristán? Pues buena lluvia y buena cosecha y buenas ofrendas y buenas magras. Si el mundo está perdido por no hacer números. Y la verdad es que yo hago muchas cuentas en el ministerio y en mi casa ninguna. Aquí, me contento con encarpetar cuidadosamente las facturas pagadas; pero no hay en mi casa un presupuesto formal, ni siquiera un balance que justifique el destino dado á los ingresos. Pues ¡á ello! Para arrepentirse nunca es tarde.

(*Deja el libro sobre la mesa del despacho, y toma asiento en el sillón.*)

Vamos á ver cómo desmenuzo mi sueldo y á llevar la cuenta de gastos á toda mi familia:

Eduardito. Diez y ocho años: casi abogado; no gana un cuarto; es socio del *Plantel de oradores*; gasta un dínal en sastré, en carambolas, en teatros y en composturas de la bicicleta; es amigo de todos los hijos de nuestros primeros políticos y amigo de aquella Luisita que...

Bueno: me llama *papá*... Estamos en paz.

Tulita. Quince años: la pasión no me ciega; es de lo más cloro-anémico y escurridizo que pasea por Recoletos la cucharada de aceite de hígado de bacalao. Toda mi esperanza está en sus ojos: los pone tan melancólicos en cuanto coge el *antucá*, que puede ser que encuentre proporciones. Dicho se está que no gana un real y que gasta lo indecible en música de Tosti y en modista y en papel de cartas «última novedad».

Me llama *papá*... Estamos en paz.

Antonia. Cuarenta y dos años (¡si me oyera!); una hurí del séptimo cielo cuando entró en Madrid D. Amadeo: hoy tiene el vuelo de una camilla, sólo que en vez de calentar los pies, me calienta la cabeza: gana cada día más... en carnes y gasta en todo: en la cocina, en la sala, en el tocador y en el *cantador*, porque el ir al Teatro Real es para ella una necesidad imprescindible. Sólo en corsé higiénico y corsé faja y faja sin corsé se le va la cuarta parte de mi sueldo. Y cada vez abulta más, que es lo peor. Como es natural, echa la culpa á los corsés, y dice que las ballenas que pescan ahora no son como las de hace veinte años. Y lo creo: las ballenas de ahora serían esbeltas cuando entró D. Amadeo.

Me llama *estúpido*... y estamos en paz relativa.

Mamá. Una suegra modelo: ni una riña, ni un chisme, ni una sola opinión que esté en desacuerdo con las mías, ni un mal consejo á su hija, nada. Está parálitica hace tres años, y habla por señas de un modo tan particular que sólo la entiendo mi cuñada. Por lo cual mi cuñada es una necesidad dentro de la casa. Afortunadamente, no se casará nunca. Hizo ese voto solemne y doloroso á los treinta y nueve años, y no hay miedo de que lo quebrante.

Por sí y en nombre de su madre, me llama *hereje*, porque no doy bastantes limosnas á las monjas francesas.

Y llegamos á lo más dificultoso. (*Bajando la voz*). Consuelito. Diez y seis años: la cintura de una avispa, unos ojos como el Banco de España y unos pies como dos piñones. No gana nada (¡y yo que lo supiera!) y gasta... ¡pchs! lo preciso; porque hay que tener en cuenta que es una criatura que está en la edad de las ilusiones y de los baños de mar y...

Me llama *titi* y estamos en paz. ¡Oh! una paz inquebrantable, eterna.

Bueno; pero... ¿cómo pongo yo esta partida en el balance? A mi mujer le parecería una partida serrana, y á mí me pondría entre las fallidas.

Hay que evitarlo á todo trance; porque yo no prescindo de hacer la contabilidad de mi casa, ni tampoco prescindo de Consuelito, ¡un demonio!

Inspírame, padre mío; dime cómo justifico yo, entre el *cargo* y la *data*, este... cargo de conciencia.

Porque, si yo no recuerdo mal, tú apuntabas en este libro con toda verdad y con la mayor exactitud el alza y baja de los fondos del Santo, y alguna vez debiste verte en un aprieto para que el libro no mintiera... si yo no recuerdo mal.

Yo deseo imitarte; el presupuesto de mi casa está empezado: «Ingresos, cinco mil duros». Ahora bien, ¿qué escribo frente á esta cifra en la hoja de los gastos?

Veamos. (*Abre el libro y lee la siguiente luminosa página*):

«CARGO: Una docena de chorizos que ofrece al Santo el devoto Andrés Palomares. DATA: Nos los comimos.»

F. Serrano de la Pedrosa.

ALLENDE LOS MARES



—¿Sabe su mersé que han relevado á generá en jefe?
 —Sí señó, ¡y va uno!

El Gobernador civil.

*¡Vámonos á la cama!
¡Vámonos á dormir!
Tú llevarás la manta,
yo llevaré el candil!*

Ésta es la tonadilla
que al son del tamboril
entona nuestro ilustre
gobernador civil.

Desde hoy todo teatro,
sin excepción alguna,
ha de cerrar sus puertas,
lo más tarde, á la una.
Y nada de pretextos
y nada de razones,
pues ya no quiere andarse
con más contemplaciones,
según reza la orden
que ha dado á un alguacil
nuestro excelente y sabio
gobernador civil.

¿Que temen las empresas
caer en desacato
por serles imposible
cumplir ese mandato?
¿Que dicen que esa orden
ninguna se la explica,
porque hay mil intereses
y á todos perjudica?...
Pero eso ¿qué le importa
¡por vida de San Gill!
á nuestro ilustre y sabio
gobernador civil!

¿Que el público á las tiples
las pone en un aprieto
pidiendo que repitan
el dúo, ó el terceto,
y exige luego coplas
y coplas á millones
que alargan hora y media



Carlota Lamadrid.

las representaciones?...
¡Pretexto solamente
rídculo y pueril,
que no conviene á nuestro
gobernador civil!

¿Que el público que paga
se encuentra satisfecho
y quiere estar tranquilo,
usando de un derecho?
¡Como si no, morena,
pues lo despacha el conde
y tiene que marcharse
de allí... ¡Dios sabe adónde!
¡Tal vez á algun garito!
¡Tal vez á un cuchitril
de esos que ignora nuestro
gobernador civil!

¡Bien hecho y adelante!
¡Carácter é insistencia,
ya que éste es un asunto
de tanta trascendencia!
¡Que no nos llame Europa
perdidos... disolutos,
porque se acabe Apolo
á la una... y diez minutos!
¡Eso es lo más correcto!
¡Eso es lo varonil,
ilustre y excelente
gobernador civil!

Prosiga su campaña
sin descansar momento,
que así es como demuestra
su singular talento.
Pero de prisa... á escape...
para que si, entre glorias,
muy pronto, como espero,
le dan las dimisorias,
puedan antes ponerle
de hoja de perejil
á nuestro ilustre y sabio
gobernador civil.

Fuero Grayoz.

Salones.

(COSAS DE DOS SIGLOS HA)

Para celebrar las bodas
del Aruñón y la Guanta,
en el palacio del Sorbo
se vertió ayer media carda.
Con oficios de padrino
hizo Perico Bienayas,
en unión de la Coscoja,
los honores de la casa.
Ésta, por ser la madrina,
sacó del fondo del arca
la saya de más remiendos
y el avantal de más manchas.
Detrás de ella está la novia
medrosica y azorada,
no muy lavada de manos
y un poco tinta de cara.
Como sola gala ostenta
un collar de cuentas falsas,
que no por serlo lo estima
en menos la interesada,
que para tenerlo en mucho
el ser presente le basta
del Gusó, de quien es viuda
sin haber sido casada.
Por esta y otras razones
del mismo peso, en la caspa
no prendió ni mala brizna
del árbol de las naranjas.
Pero aun así, á su velado
le consta de buena data
que no vale en esto menos
que otras muchas desposadas.
Á falta de padre y madre,
que si aquí no la acompañan
la justicia y Dios conocen
de tal ausencia las causas,

su sombra la da una tía
que, á falta de otra enseñanza,
las labores de su sexo
la hizo aprender muy muchacha.
Como convidadas vienen
la Moñuda y la Carrasca,
ambas, si no de duquesas,
de tomonas tituladas,
luciendo, en vez de contrayes,
sedas, tabíes y rajás,
dos reposteros de andrajos
que hacen oficios de sayas.
Para alegrar al concurso,
de vihuelas preparadas
asoman ya la Chirinos,
la Monda y la Cariarta,
en lo de entonar chaconas
filómelas de la trampa,
por más que ya lo de Yepes
las voces las acatarra.
Para servir las en todo
de lejos las acompañan
Juanijón, Pero de Ortuño
y el Gafo de Moratalla,
los cuales, como discretos,
se mantienen á distancia,
que aun amándolas no quieren
en sus medros estorbarlas.
Por dar más lustre al festejo,
rebozado en una capa
que á saetías y á troneras
á más de un castillo gana,
entra Juan Landre, atestado
de virtud y ciencia tantas
que, escribano por las uñas,
médico por lo que mata,

albéitar por lo que yerra,
letrado por lo que engaña,
mercader por lo que hurta,
barbero por lo que sangra,
dedicado ahora á la alquimia,
si antes de tropiezo escapa,
salir espera á su muerte
en algún auto en estatua.
¿Y el novio? ¿Qué Gerinaldos
mostrara mejor estampa,
con su fieltro sin toquilla,
con su valoncica lacia,
muy sin peinar los bigotes,
muy sin estirar las calzas,
muy sin grasa las guedejas
y muy el jubón con grasa,
si no fuera porque el vino
le llevó á tales mudanzas
que deja á los pies las eses
que al hablar se come ó masca?
Aun así y todo, no hay hembra
que con envidia ó con rabia
no mire en tales momentos
á la que á Aruñón arranca
unos suspiros salidos
del fondo de las entrañas,
y que apestan por más señas
á mosto que se avinagra.
¿Qué es lo que pasó en la boda?
Lo que en tales casos pasa.
Hubo quien dió muerte al hambre
lo menos por tres semanas.
No faltó quien, de bebido,
nunca diera con su casa,
como antes no le impidiera
lo de no tenerla hallarla.

Aunque leve, algún digusto
se lamentó entre las damas;
pero por ser todas ellas
personas bien educadas,
todo quedó en unos moños
que rodaron por la estancia
y un poco de solfa escrita
más abajo de una espalda.
Con esto, y con que las negras
tirando unas tarascadas
convidaran á una ronda
á tomar parte en la zambra,
salieron los que pudieron
en dulce amor y compañía,
cortesés, llevando al tálamo
al Aruñón y á la Guanta,
donde es bien que yo los deje,
que el ángel del pudor manda
correr á tales lugares,
mejor que velo, una manta.

Y ahora, si dicen voacedes
que no les importa nada
de tales fiestas el rumbo,
de tales bodas la gala,
reparen bien que á diario
en las gacetas se tragan
cultísimas relaciones,
si no bien escritas, largas,
de saraos en que á veces
hasta las nubes se ensalza
á gentes mejor vestidas,
pero no de mejor laña.

Angel R. Chaves.



Contraste.

I

Va á amanecer. El cielo todavía
viste su manto negro con brillantes,
pero una línea cárdena á lo lejos
indica los albores matinales.

Reposa la ciudad. El cierzo helado
cruza silbando las desiertas calles,
y duermen en los quicios de las puertas
los nocturnos guardianes.

Don... Fulano de Tal, robusto, fuerte,
en la flor de la edad, rico de sangre,
fornado el cuerpo con gabán de pieles
y las nervudas manos con los guantes,
en busca de su coche, que le espera,
del regio templo de sus vicios sale.

.....
Se aburrió en el teatro, donde estuvo
con otros caballeros respetables,
cuidando de enseñar de vez en cuando
unos dedos cuajados de diamantes;
después, en un salón, entre perfumes

habló de diversiones y de trajes
y fué á acabar la noche en una especie
de embriaguez distinguida y elegante.

Le escanciaron el vino hermosas hembras
que con él compartieron los manjares
suculentos, sabrosos, exquisitos,
servidos en raciones abundantes,
y... total: que con uno ó dos billetes
de los que á espuestas le dejó su padre
se ha pagado una orgía... ¡la que goza
sin disgustos ni quiebras años hacer!

Jamás de otra manera se emplearon
las fibras de su carne,
ni sirvieron sus brazos de otra cosa

que de sostén á las mujeres fáciles,
ni de su inteligencia, si la hubiere,
se gasta la sustancia ni un adarme,
porque al tirar el oro á manos llenas
no se pone á pensar de dónde sale.

Y hete que va á dormir en blando lecho,
con propósito firme é invariable
de volver á empezar cuando despierte
ó le despierten al caer la tarde.

II

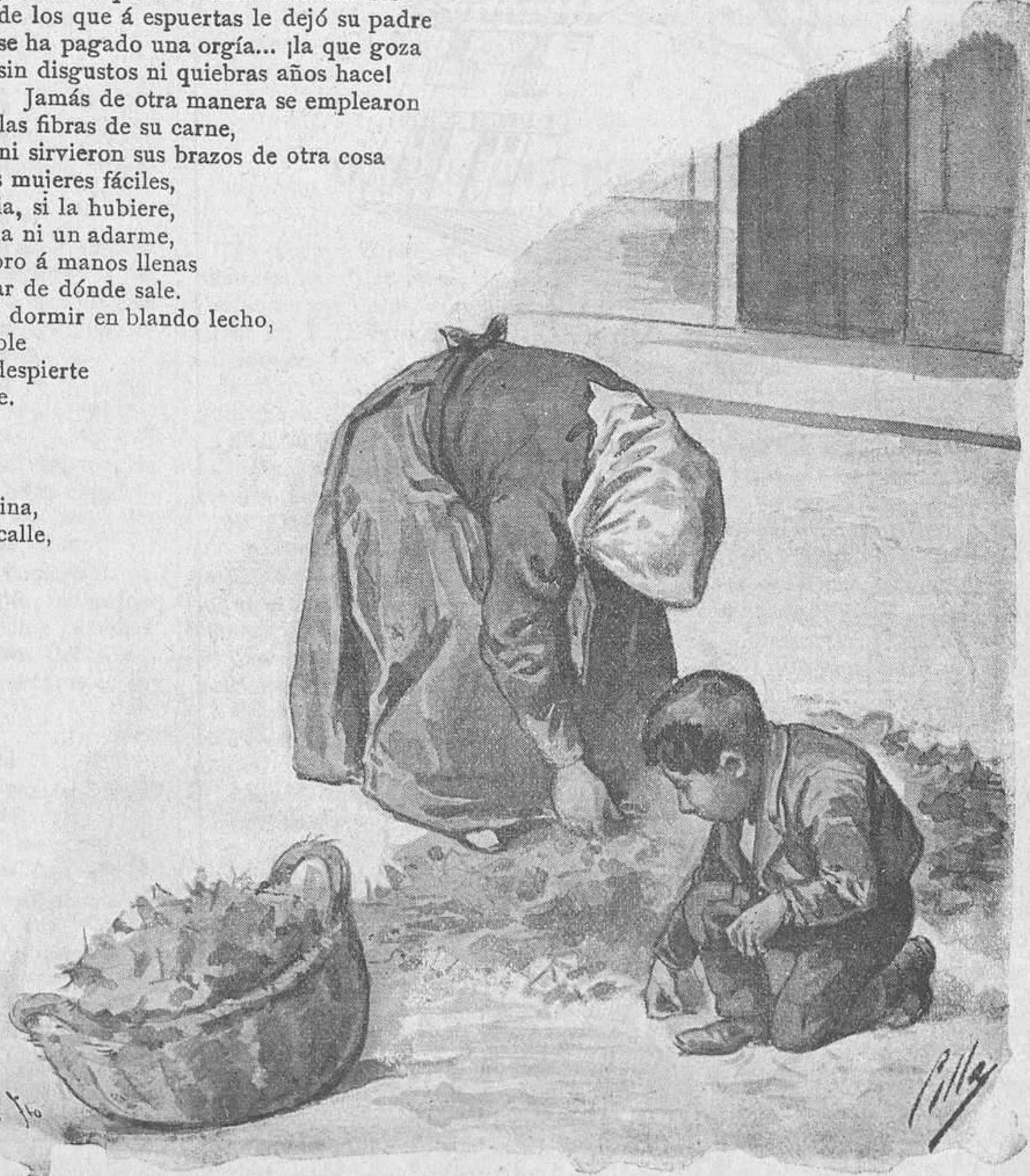
Al arrancar la cómoda berlina,
allí á dos pasos, en la misma calle,
vería don Fulano, si no fuese
por la escarcha que empaña los cristales,
que en mitad del arroyo una trapera,
tiritando de frío, muerta de hambre,
revuelve con su gancho la inmundicia
en busca de guñapos miserables.

Lleva tras sí un chiquillo
más lacio, más hambriento que su madre,
que, hundiendo en el montón sus manecitas,
busca también... ¿Qué busca? ¡Ni lo sabe!

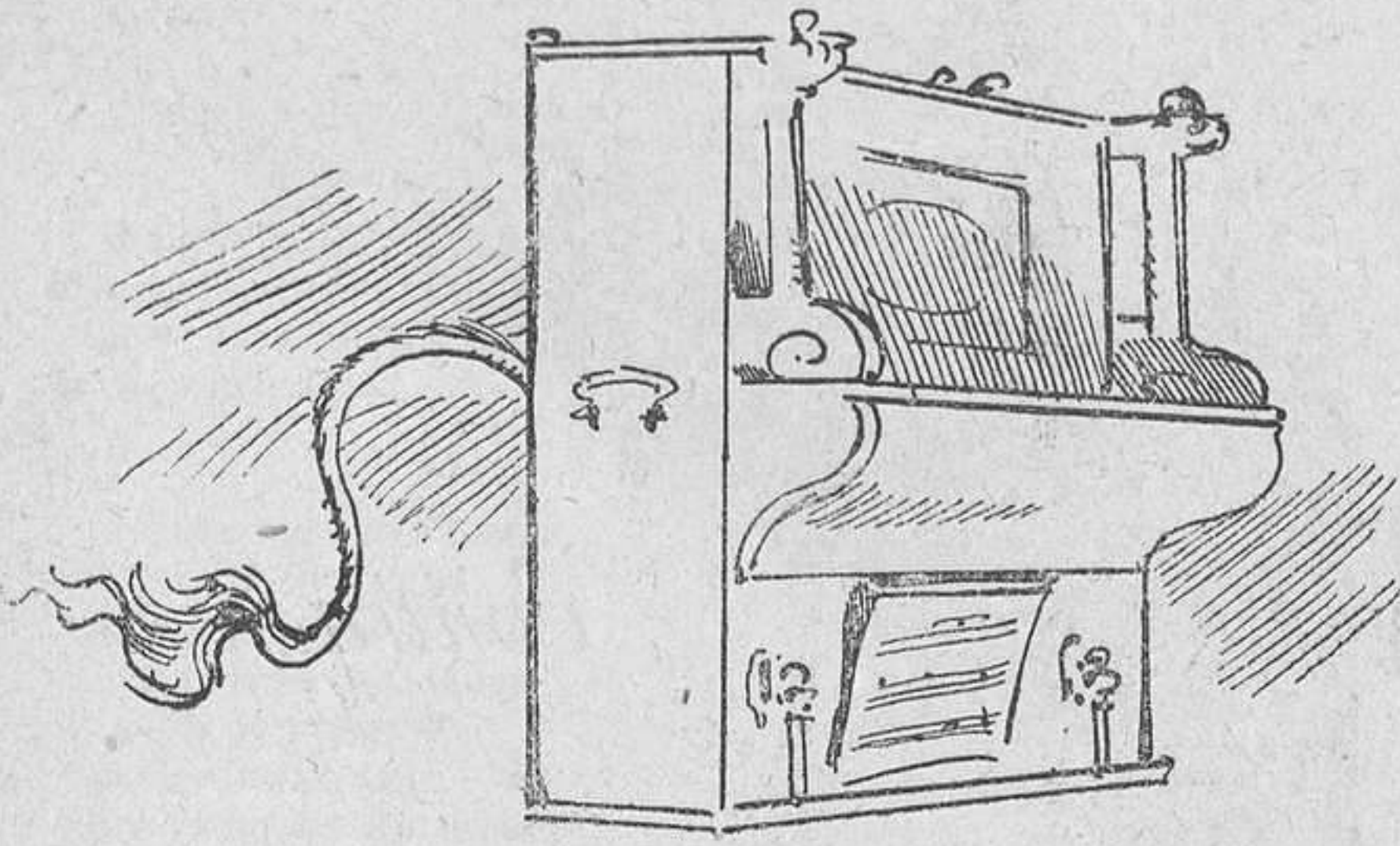
Débiles son los dos, flacos, entecos,
no tienen fuerzas ni vigor, ni sangre,
y husmean en la tierra ansiosamente
lo que no quiere nadie.

.....
Conque... estudien los sabios estadistas,
una manera de que el mundo cambie,
porque hacerlo mejor será difícil,
pero que así está mal... ¿qué duda cabe?

Sinesio Delgado



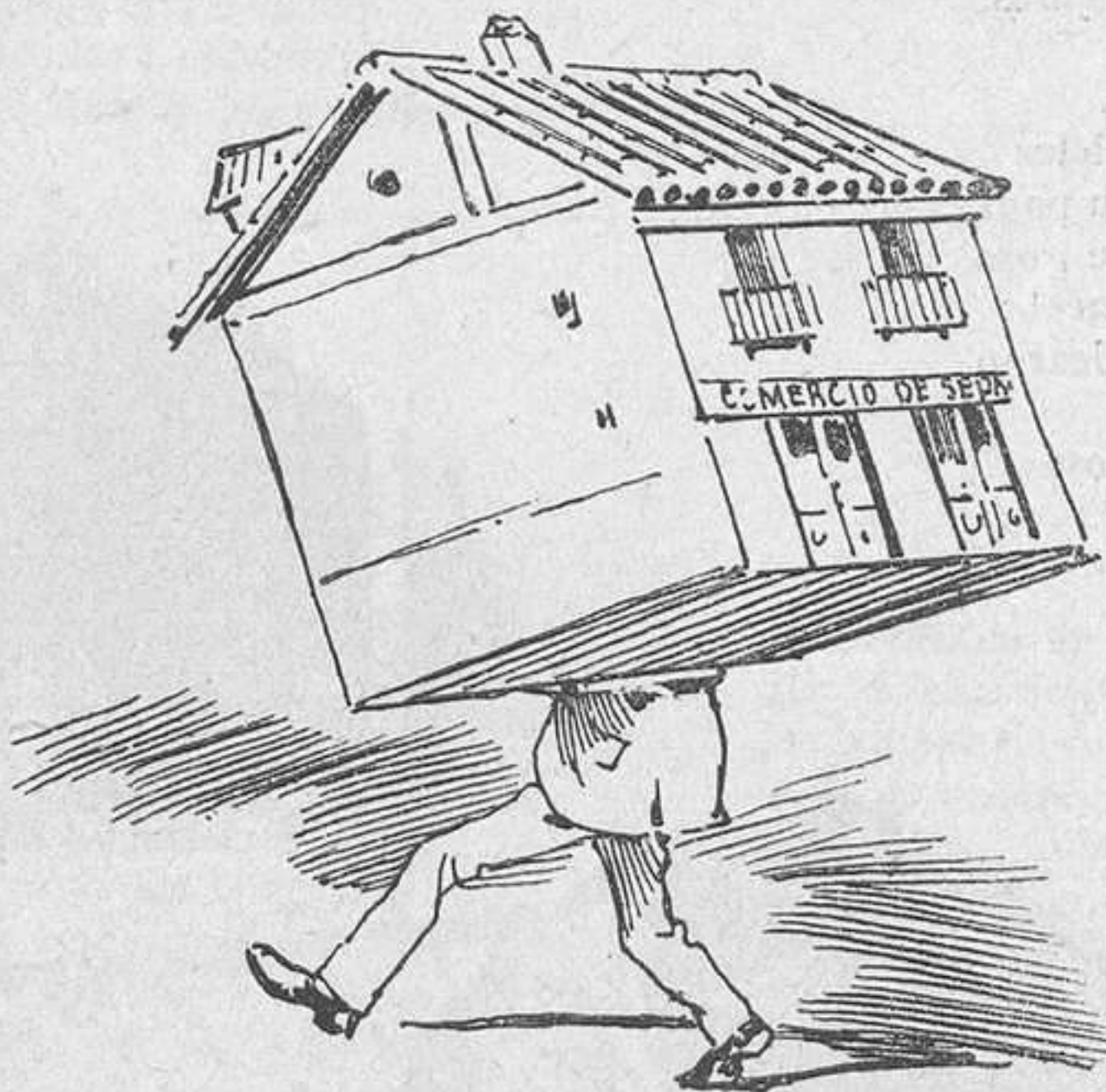
ANUNCIOS.



Gran piano de cola se vende.



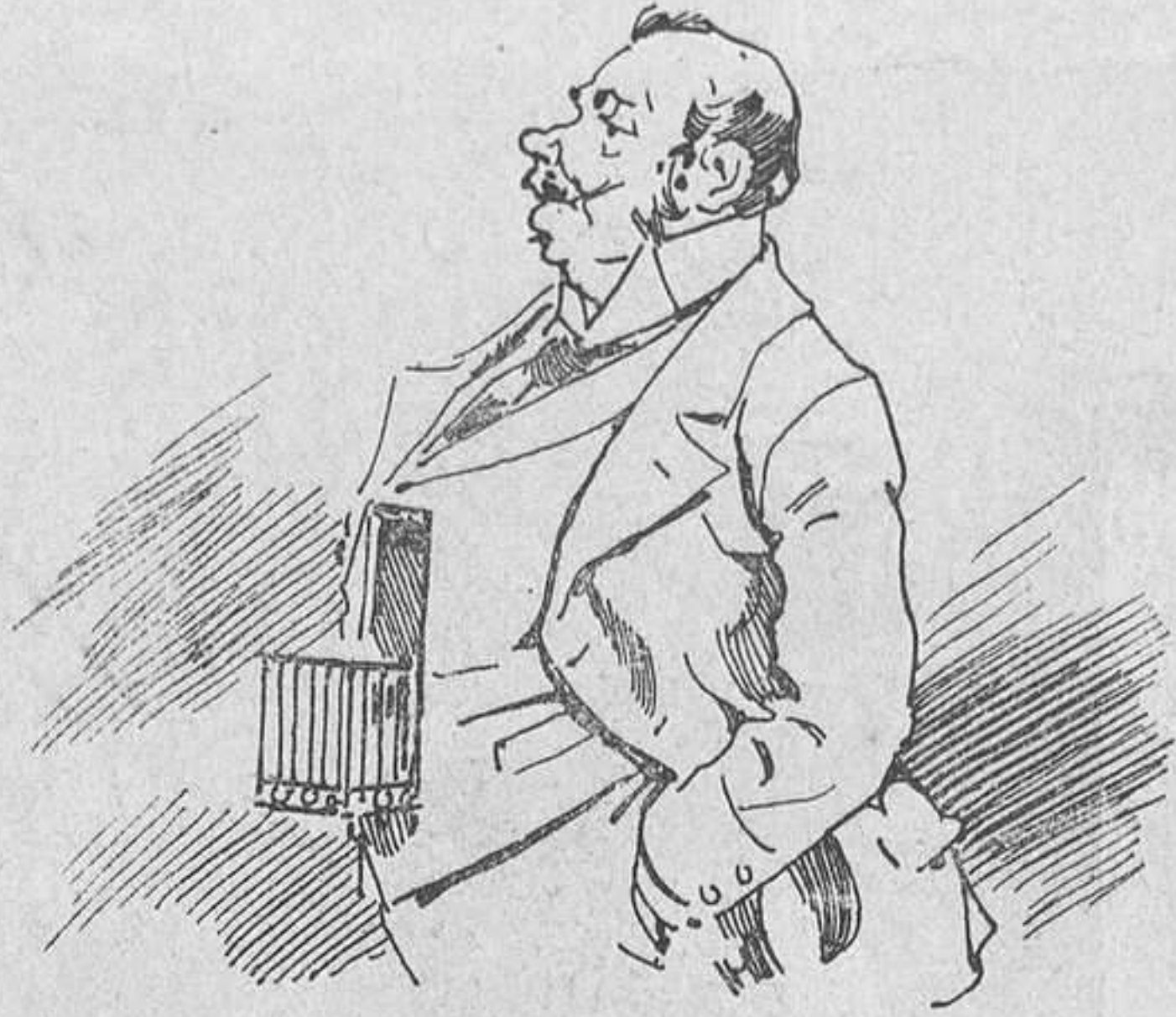
Ama seca.



Esta tienda se traslada á la calle de... número...



Tronco y limonera.



Gabinete para caballero con balcón á la calle.



Con ó sin.

★

Calamidades.

En casa de Luis Prada
se murió una cotorra disecada,
y en casa de Campeche
falleció una merluza en escabeche.
¡Bien puede estar Carlota convencida
de que el primer amor jamás se olvida!

Por leer un poema
abortó el sacristán de Grazelema,
y no pudo criar don Juan Barbecho
por tener dos postemas en un pecho.
¡Ya lo dice bien claro el aforismo:
«Non plus ultra» (conócete á ti mismol)

Al corsé de Jerónima Cadenas
le brotó el sarampión en las ballenas,
y ella metió á su suegro, que era chino,
en un frasco de espíritu de vino.
Ni saltes á la comba,
ni toques en ayunas la zambomba.

En un café cantante
le echaron un responso á un elefante,
y al saberlo la hermana de Matías
se casó con un tren de mercancías.
Desde entonces, aquí y en Hortaleza,
se venden las cerillas con cabeza.

Don Rodrigo, presbítero feroz,
se comió una abadesa con arroz
y al año, á don Rodrigo
le empezó á salir musgo en el ombligo.
Con el frío glacial que hace estos días,
no se me ocurren más que tonterías.

Juan Pérez Zúñiga.

★

¿Qué va á ser?



Café solo.



Café con paja.



Paja sola.

CHISMES Y CUENTOS.

¿Que si es útil la fotografía instantánea? ¡Vaya si lo es! El último número de mi notabilísimo colega *Blanco y Negro* publica un ameno artículo de Blasco, titulado *El Figaro por dentro*, que es una joya, no sólo por las galas del estilo, sino porque, escrito indudablemente antes de empezar los escándalos del *chantage*, ha adquirido al ser publicado una excepcional importancia.

Trátase en el artículo de explicar una fotografía *adjunta*, en que la máquina de Mr. Mairé ha sorprendido en sus faenas á los redactores del gran diario parisién; y aquí entra lo grave: allí, en el grupo, formando parte de *la casa*, está la figura de Jacques Saint-Cére, el distinguido *croniqueur* que ahora gime en la cárcel por si timó ó dejó de timar al *Azucarerito*.

Lo cual no tendría nada de particular si *El Figaro* no hubiera procurado estos días sacudirse la mosca diciendo que el tal Saint-Cére no era redactor del periódico, y que no hacía más que entrar por allí de vez en cuando.

Conque ¿qué? ¿Sirve ó no sirve para algo la fotografía instantánea?

Además, el citado artículo ha servido para otra cosa:

Para que sepamos que en Francia la mayor parte de cincuenta y tres son diez y ocho, y la menor treinta y cinco. Detalle que no podíamos sospechar en la raza latina.

Prueba inmediata. Dice mi amigo Blasco:

«Hace unas cuantas noches, á la hora de la salida de los teatros, estaba la sala grande de la redacción del *Figaro* llena de gente. Venían unos del estreno del Vaudeville, otros de la Ópera, éstos de una comida, aquéllos de una reunión pública. Hubo un momento en que *casi toda la redacción estaba allí* hablando á voces y sin dejarnos trabajar á los demás.»

Y acaba el artículo del modo siguiente:

«Diez y ocho redactores nada más y todavía faltan muchos de los que constituyen la redacción constante y fija.

No estaban á las once y veintidós minutos del 11 de Noviembre por la noche... (sigue la lista de los que no estaban) ni tantos otros hasta cincuenta y tres que componen hoy este periódico.»

Queda, pues, demostrado:

1.º Que los redactores del *Figaro* son cincuenta y tres, incluso Saint-Cére, y sin embargo cuando están diez y ocho está *casi toda* la redacción.

2.º Que la sala grande del *Figaro* se llena con diez y ocho personas.

Y 3.º Que cuando se reúnen los cincuenta y tres redactores del periódico los treinta y cinco que componen la minoría tienen que quedarse en los pasillos.

Máximo Gómez sigue merodeando, como era de temer, á cuatro leguas de la Habana.

No pasan años por él.

Entretanto el ministro de Hacienda estudia incesantemente el modo de arbitrar recursos para la campaña, y de un momento á otro nos caerá un chaparroncito de impuestos nuevos.

Que era lo que el generalísimo (sin subrayar) se había propuesto indudablemente.

También el ilustre Ayuntamiento, juzgando que la ocasión no puede ser más oportuna, se propone *reforzar* los ingresos.

Y cuando el Ayuntamiento se propone una cosa de esas... pueden ustedes darla por conseguida.

En cambio va á poner baldosas en la acera izquierda de la Castellana,

detalle de *ornamentación* indispensable para la vida. Y así no se podrán quejar los contribuyentes; porque á ellos los dejarán sin camiseta, pero ¡anda! que bien se van á poder pasear en terreno firme.

Al público del Ferrol, según un corresponsal telegráfico, le ha gustado mucho el drama *Juan José*, «si bien no se mostró conforme con el fondo moral de la obra».

Veán ustedes la ganga que tienen las producciones teatrales. En cada población les descubren un fondo moral distinto.

Y á lo mejor surge un concejal como el de Bilbao, que dice que él quiere ejercer la previa censura, y... ¡me río yo de la Congregación del Índice!

Cuentos verosímiles, por el Dr. F. Vinyals. No es ésta la primera vez que el Sr. Vinyals da gallarda muestra de lo que vale como literato de imaginación viva y como buen observador de nuestra sociedad. Los *cuentos* que acaba de publicar tienen intención, interés y amenidad de estilo. Se recomiendan, pues, por sí solos y bien puede asegurarse que antes de que Weyler se embarque con rumbo á Cuba se habrán agotado todos los ejemplares de la obra, cada uno de los cuales cuesta dos tristes pesetas nada más.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

No creerán ustedes que tengo esta semana ¡ciento setenta y dos composiciones! para leerme de un tirón. Si lo creyeran ustedes... no me olvidarían en sus cortas oraciones. Manos á la obra:

Sr. D. T. C. L. —Huya usted de las asonancias tanto ó más que de los sabañones.

Sr. D. F. A. —No está mal... para un álbum. Porque resulta un poquito cursi.

Capitán Pantalla.—La segunda quintilla asonanta con la primera y hace un efecto endemoniado. Además, el verso «¡cataplum! dió una voltereta» es largo como él solo, y además el chiste es viejo y... fuertecico.

Sr. D. F. D.—Peca de medianillo el romance. Hay algunos versos cojos, que ¡claro está! hacen una triste figura. Pongo por ejemplo: «está en la playa sola», «una visión fantástica», «viendo la muerte próxima», «qué le importa la vida», deben tener ocho sílabas cada uno, y... nada, no las tienen.

Cametas.—Siento tener que decir á usted que *súpito* y *púlpito* no son consonantes. Pero el deber es ante todo.

El poeta D. Amós.—¿Que fuiste conmigo á la escuela y empiezas ahora á hacer sonetos? Pues tarde empiezas. Y te salen mal, como era de temer.

Un vate más.—Algunos tienen gracia.

Fr. Lucho.—¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues ripios no faltan. Y es mal síntoma ese.

El moro Muza.—La *Menudencia* es un cuento sobrado conocido y las *Humoraditas* pecan de vulgares.

Venus.—Hay muchos versos duros como piedras, otros quieren ser consonantes y no lo son, y en cambio resultan asonantes los que no debían serlo.

D. Rate.—Los asuntos valen muy poco, pero versifica usted con soltura y gracejo. Y algo se pesca, ¡qué demonio!

Sr. D. J. R.—Las tres cosas carecen de saliente humorístico. Son completamente serias y un tantico vulgares.

Sr. D. J. I. M.—¡Qué felices seríamos si pudiéramos aconsonantar *pública* y *rúbrica*! Pero ¡ay! no podemos.

Espronceda.—¡Caramba! El caso es que, al empezar, tropezamos con

aquello de «que dirige con gran ley», y como á primera vista parece ripio desusado...

Uno del montón.—Un poquito candorosas ambas.

Un principiante.—La versificación podría pasar, pero la idea no tiene novedad alguna.

Maceo.—El epigramita huele... y no á ámbar, como dijo el otro.

El Trovador.—Voy leyendo, leyendo...

¡y que me parta un rayo si lo entiendo!

Edmundo Dantés.—Como mal no están, pero ni una ni otra son de la índole del periódico.

Calamocano.—Ya ve usted que la sección es larga, ¿verdad? Pues, sin embargo, voy á publicar eso:

«Estaba yo en el campo una mañana
tomando el fresco para distraerme
cuando de un lago me salió una rana
y parada quedose allí de verme
y poniendose en jarras me miraba
con una indiferencia indispensable...»

¡Ay, no! Me vuelvo atrás; no la copio toda. Sería demasiada felicidad para un hombre solo.

La botiqueta.—Ni los pensamientos ni los cantares, desgraciadamente.

El ciudadano Simón.—Poca miga. Hay que decir algo más... si se puede buenamente.

Maluvi.—Muy conocido el cuento y hace poco efecto porque está muy diluído. Una de esas menudencias me parece que se publicó oportunamente. No lo juraría, sin embargo.

Z.—Pero ¡Dios mío! si no puedo contestar á todos, ni acordarme de todo lo que leo. Yo ¿qué le voy á hacer?

El noy.—¡Si viera usted cuántas cosas se han hecho en este mundo sobre el contraste que puede existir entre el nombre de pila y el carácter de la persona que lo usa! Más de veinte mil.

Sr. D. A. C. S.—Se publicará. No puedo señalarle hora, porque ¡qué más quisiera yo que saber dónde iba á estar mañana á las ocho y treinta y cinco!

Redondilla.—Demasiado triste, sin mezcla alguna de humorismo.

El Mangué.—El último cantar es bonito. ¡Lástima que la idea no tenga novedad!

Sr. D. F. A. C.—No hay que concretarse á echar piropos por el gusto de echarlos. Una advertencia: el gato no *malla*, sino que *maya* ó *maúlla*.

Alicates.—Hay un inconveniente ante todo. Y es que no podemos admitir artículos.

Bale.—Deploro no poder aprovechar nada.

Rigodón.—Una mano que parece alpiste es cosa nueva en este mundo, y aunque se publique la nota indicando que se trata de un grano de alpiste por lo pequeña, me parece una exageración de más de la marca.

El ministro Cartabón.—Allá va eso poco para que no toda la composición quede sumida en la obscuridad:

«Estando unos amigos
reunidos en dos ó tres grupitos
uno que era muy listo
les dijo: «Señoritos:»

¿No le parece á usted que debemos cortar ahí? Así se queda el público sin saber lo que les dijo, y resulta un efecto de primer orden.

Sr. D. D. M. E.—Villagarcía. —Recibida y hecho el reparto.

Sr. D. A. F. G.—La versificación no es mala del todo. El asunto no tiene gracia.

Carlitos.—Inocente como una pajarita. En aquello de que la gente es *rehacia en afirmar* ha dicho usted lo contrario de lo que quería.

Ben Ali.—No quisiera más que dos pesetas por cada articulo ó poesía que se haya hecho contra el vecino que toca el clarinete. Y no volvía á empuñar la péñola en mi vida.

Cantarrana.—Dice usted que remite al ángel de sus amores *nna silva*, y no es *silva*, que es romancillo, ¡caramba!

Y no va más. Conste que en las ciento y pico restantes no he encontrado nada publicable, pero aunque no puedo contestarlas detalladamente, las he leído todas... ¡Y estoy que no veol!

PÓRTICO DE APOLO

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE INDUSTRIAS DIVERSAS

DE 9 DE LA MAÑANA Á 12 DE LA NOCHE

EXPOSICIÓN Y VENTA DE

Abanicos-Paraguas, por la Fábrica A. L. Serra.

Guantes, por la Fábrica G. Zurro.

Corsés, por la Fábrica Borrego y Crespo.

Corbatas, por la Fábrica Pedro Bto. Moreno.

Calzado de lujo, por la Fábrica José M.^a Sierra.

Guitarras, etc., por la Fábrica Hijos de González.

Bicicletas, por el «Gran Salón Humbert».

Perfumería, por la Casa Albert.

Aparatos para luz eléctrica, por la Commercial Union Association.

Bombones-Caprichos, por la Casa «Refrescos Ingleses». — **Botellitas modelo del «Cognac Jurado Castellón» á 50 cts.**

De 9 de la mañana á 12 de la noche.

Empresa de anuncios, **Montera, 51.**—Concesionaria exclusiva de todo lo referente á publicidad en el teatro y pórtico de Apolo.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID—Imprenta de los Niños de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º